

**MANUALES MESEGUER**

**F. MELIS-MARINI**

**EL  
AGUA FUERTE**



**SUCESOR DE EMESEGUER · EDITOR**

## INTRODUCCIÓN

El ácido nítrico, llamado vulgarmente aguafuerte, ha dado el nombre al arte exquisitamente aristocrático que consiste en grabar sobre metal, por medio de un ácido, un dibujo que se reproduce después en papel.

Gracias al principio de que los ácidos corroen los metales, siendo en cambio su acción negativa sobre sustancias grasas o resinosas, una plancha de cobre o de cinc cubierta de un barniz, en la que se ha grabado un determinado asunto con una punta, quedará corroída, si la exponemos a la acción de un ácido, en donde la punta ha descubierto el metal.

Mientras en los demás sistemas de reproducción gráfica los negros que se reproducen sobre el papel están representados, en la madera o en el cinc, por trazos realizados y los blancos por surcos y zonas excavadas, en el aguafuerте, por el contrario, se obtienen los blancos con planos realizados y los negros con trazos o planos excavados.

En la originalidad y nobleza del asunto grabado y en lo exiguo de la tirada, que sólo permite una limitadísima difusión de la obra del artista grabador —a diferencia de la litografía y de los procesos fotomecánicos modernos que nos dan los ejemplares a millares y a centenares de millares—, radica la distin-

ción y el señorío de este arte; arte que, desde el Renacimiento a nuestros días, con fortuna varia, ha dado artistas gloriosos a Italia, donde ha nacido, a Alemania, donde ha sido perfeccionado, a Francia y a los Países Bajos, que tienen páginas brillantísimas en la historia del grabado, y a Inglaterra, donde ha adquirido un gran desarrollo en los últimos tiempos con el arte de la ilustración.

Pero por aguafuerte, en su verdadero sentido, debe entenderse la reproducción sobre papel, de un dibujo tomado del natural, o de una visión o capricho del artista, grabado en el metal por él mismo.

El aguafortista debe ser, pues, pintor y grabador.

No pocos grabadores recurren al aguafuerte para reproducir obras de otros artistas, con lo que dan a este arte un carácter menos noble, industrial, al faltarle la cualidad más relevante que se requiere en toda obra de arte: la originalidad. Originalidad que en el aguafuerte debe lograrse a base de síntesis y espíritu.

En el grabado a buril, nacido antes que el aguafuerte, se obtiene también la reproducción sobre papel de un dibujo grabado en el metal sin ácidos y sin barnices, de un modo simple, aunque difícil, por medio de instrumento que le ha dado nombre, guiado y oprimido competentemente por la mano del artista.

Pero este género de grabado resulta frío, acompañado, sin audacias ni exuberancias, y pocos artistas lo han preferido para fijar y difundir sus composiciones originales. Sin embargo, con obras maravillosas, ha hecho un gran servicio en otros tiempos, divulgando por el mundo las joyas del arte italiano y extranjero cuando los sistemas de reproducción gráfica (fototipia, heliotipia, colografía, cincotipia, tricomía, etc.) eran todavía ignorados.

El buril no deja desahogarse al artista alejándolo de cuanto se ha prefijado, de cuanto ha establecido y debe hacer.

El aguafuerte es, en cambio, el arte que permite toda clase de libertades, que abre camino a toda clase de audacias y tentativas, que logra contrastes profundos de claroscuro y efectos altamente pictóricos como ningún otro sistema de reproducción puede dar.

Todo aguafortista, en el silencio de su estudio, encuentra, por esa libertad que tiene, nuevos medios, nuevos procedimientos y nuevos efectos, apenas ha logrado familiaridad con los barnices y los ácidos.

En este manual hablaré ampliamente, y del modo más claro posible, del grabado al aguafuerte y, brevemente, de los más conocidos procesos antiguos y modernos que pueden usarse sea como complemento de la plancha grabada a trazos, sea para evitar éstos e imitar técnicas diversas (lápiz, acuarela, etc.).

Aunque para el aguafuerte no es necesaria la larga, paciente y difícil práctica del buril, que sólo se aprende bajo la guía amorosa de un buen maestro, se requiere, no obstante, mano ágil y preparada para el manejo de las puntas que dibujan y tallan al mismo tiempo; y es inútil advertir que para llegar a ser buen aguafortista es necesario ser dibujante experto y genial.

No está permitido aventurarse en este arte por simple diversión o pasatiempo.

El grabado al aguafuerte no es de ningún modo la reproducción de un dibujo a pluma; pero quien sabe con la pluma, por larga práctica, penetrar y superar todos los secretos, todos los problemas del claroscuro, conseguirá expresarse mejor y más pronto con la punta y, después de algunos ejercicios, llamémoslos así, de orientación, se sentirá dueño del nuevo procedimiento, mientras otros tendrán que

luchar no sólo con los barnices y los ácidos, sino también con la propia mano tímida e incierta.

La técnica del aguafuerte, fácil en apariencia, es difícil en la aplicación por un complejo de causas, de combinaciones, de accidentes, que pasan a menudo inadvertidos al grabador más experto y paciente.

El ser el metal más o menos compacto, su limpieza mayor o menor, el grado y pureza de los mordientes, el espesor y calidad de los barnices, la temperatura del ambiente en que se graba, el tiempo que dura el mordido, el nerviosismo del artista, etc., son incógnitas ante las que nada sirve la buena voluntad ni la atención del grabador y por las que muchos artistas renuncian a las satisfacciones del arte de grabar después de los primeros experimentos poco afortunados.

Pero una buena plancha compensa de largas fatigas y de amargas desilusiones.

Quien da los primeros pasos en este arte fascinador está siempre dominado por la manía de acabar, de ver reproducido sobre el papel lo que ha grabado en el metal; por esto, logran más éxito los que, dotados de carácter relativamente tranquilo, saben frenar su inquietud.

A veces, el artista asiste a agradables sorpresas regaladas por el ácido que, con su furia, crea efectos pictóricos inesperados, con los cuales, aunque sean siempre bien recibidos, no se puede nunca contar, porque recuerdan los que esperan ciertos fantásticos pintores de las pinceladas echadas a bullo sobre una tela vieja que ya ha recibido toda clase de colores.

Animo, pues, y empecemos por tomar en la mano una plancha virgen y lustrosa.

LÁMINA I



F. Melis Marini. ESTUDIO

(Mordido plano)